

[...] Cecilia pensó que Antonia tenía razón. El objeto que tenía entre sus manos y que volvía y revolvía en ellas era muy hermoso; tanto más que aún no lo comprendía del todo y por lo tanto estaba cargado con todas las promesas del misterio y las posibilidades de la geometría. «Este objeto» —pensó Cecilia— «será infinito mientras no lo comprenda del todo». No obstante, sabía que la pulsión por entender la vencería, y la finitud se cerniría sobre ese semicilindro de plástico que sus dedos acariciaban.

—¿No me vas a preguntar cómo lo hice? —Antonia hizo pucherito, simulando contrariedad y sonriendo con los ojos.

Cecilia salió con una sonrisa de su ensimismamiento y se dispuso a escuchar. [...]

*Fragmento del capítulo 3*

[...] —No parece un problema muy difícil de resolver —aventuró Cecilia—; supongo que deberemos escribir dos relaciones matemáticas entre horas y ángulos: una para cada hemisferio. Y permitir que el usuario indique, mediante una variable, si desea usar su reloj en el norte o en el sur, y en función de eso emplear una u otra relación: suena a una tarea para un if.

Antonia sonreía mientras escuchaba y caminaba junto a Cecilia. Pensó que ya empezaba a sonar como una programadora: elevando suposiciones al rango de algoritmos, cifrando sentencias breves al borde de lo confuso, y hasta enfrentando problemas aún no resueltos con una confianza demasiado parecida a la pedantería. Por un momento temió estar echándola a perder; pero decidió que, en cualquier caso, ya era demasiado tarde. [...]

*Fragmento del capítulo 23*